

Una mirada sobre la educación

¿LA COMPETENCIA espiritual?

MIGUEL GARCÍA-BARÓ LÓPEZ

Catedrático de Filosofía. Universidad Pontificia Comillas
mgbaro@upcomillas.es

Hay ocasiones en que parece que se abre una puerta de esperanza, nos lanzamos por ella y comprobamos luego que hemos caído en una ilusión o, por lo menos, que nuestra expectativa se ha quedado en confusión y aumento de la confusión ya existente.

Yo temo, en este sentido, cada vez más a los intentos de hacer explícito, objetivo, intersubjetivo y oficial aquello que afecta profundamente a lo secreto del alma del hombre. Recuerdo siempre, en cuestiones de esta índole y, en general, en problemas pedagógicos graves, cómo alababa Kierkegaard a Sócrates porque el viejo filósofo había descubierto que la relación suprema entre hombres, cuando no se está hablando de difusión del cristianismo, es la relación de hermandad. Y esto lo aplicaba Kierkegaard sobre todo al caso de la relación maestro-discípulo, porque el auténtico maestro no se debe saber tanto enseñante como ocasión: oportunidad para que su interlocutor, el alumno, aprenda por sí mismo, desde sí mismo y muy dentro de sí mismo, aquello que más importa. Cristo enseña; Sócrates es una puerta transparente, que atravesará quizá quien con él conversa, pero sólo por su propio pie, aunque, desde luego, atraído por su maestro.

En principio, el término competencia espiritual tiene bastante, mucho incluso, de oxímoron. Primero, porque el espíritu, más o menos dormido, despierto o soñador, debe suponerse ya en todas las personas; segundo, porque el espíritu es justamente lo no cuantificable por excelencia, lo que por excelencia no se puede conocer desde fuera en nadie. La competencia espiritual sería estrictamente no evaluable.

Definir qué es lo espiritual resulta enormemente arduo. Una orientación, sin embargo, la obtenemos cuando pensamos en aquellos sentimientos que, en vez de encontrarse por debajo de la razón —como el placer y el dolor meramente sensibles, por ejemplo—, la alimentan, le dan que pensar no ya porque le ofrezcan temas que ella por sí sola no descubre, sino, más bien, porque llevan a toda la persona a una situación (a un *temple del ánimo*) afectiva, estimativa y volitiva que es la única que está en consonancia con la altura de ciertos asuntos. Estos asuntos que podemos llamar espirituales en el sentido más pleno son los *misterios*, a diferencia de los problemas y de las aporías, pero muy cerca de estas últimas.

En principio, el término “competencia espiritual” tiene bastante, mucho incluso, de oxímoron. Primero, porque el espíritu, más o menos dormido, despierto o soñador, debe suponerse ya en todas las personas; segundo, porque el espíritu es justamente lo no cuantificable por excelencia, lo que por excelencia no se puede conocer desde fuera en nadie.



Miguel García-Baró López.



Un misterio es aquello que exigirá de por vida nuestra atención, que atrae y fascina a la vez que da cierto miedo peculiar; algo, además, que jamás desaparecerá porque nuestro esfuerzo por recorrerlo y resolverlo logre alguna vez su eliminación. Los misterios son los estimulantes de la razón, mientras que los problemas son los estimulantes del mero entendimiento (y las aporías estimulan la razón pero suelen tener solución mediante el entendimiento, ya que en ellas se trata de problemas que, durante un espacio de tiempo, no ofrecen salida ninguna).

Es fundamental que entendamos en pedagogía la razón como relacionada con los misterios de la vida, no tanto con cuestiones de cualquier otra índole. Seremos en esto discípulos de Kant, así que no temeremos andar en muy mala compañía.

Mientras no consideremos central este concepto de razón y sigamos manteniendo a ésta excesivamente vinculada a lo cuantitativo y lo objetivo, estaremos corriendo peligros de máxima gravedad como educadores y como planificadores de modelos educativos. Pero ésta es materia para desarrollarla más en otro momento.

Los misterios se nos presentan desde muy pronto, en la infancia, y nos acompañan, cerca o lejos de la piel de la conciencia, para siempre; pero se acumulan y corrigen a medida que nuestra experiencia de la vida avanza. En realidad, se podría y se debería decir que avanzar en la experiencia de la vida es precisamente almacenar y sobrellevar nuevos misterios, más misterios. Ser competente en misterios, si pudiéramos permitirnos hablar por una vez con tanta impropiedad, es ser un anciano sabio.

Estoy, pues, no ya sugiriendo sino afirmando decididamente que en la formación de una persona, desde muy pronto, hay que respetar una distinción —justa-

mente, que los misterios no están en el mismo plano que los problemas, y que existen los misterios tanto como existen los problemas— que ya ella hace en su vida cotidiana, fuera de la escuela, y que la escuela no debe contribuir a que se borre o se difumine. (El precio de esto último es volver irrelevante a la escuela o incluso convertirla en un instrumento de barbarie. Que nunca suceda en las aulas aquello chesteroniano de que alguien a quien yo no conozco se empeña en enseñarme algo que yo no quiero conocer, o sea, algo que importa poquísimamente en la vida, dado que ésta me ha confrontado ya con misterios y es, por tanto, muchísimo más apasionante y maestra que aquélla). Para que las instituciones pedagógicas sean relevantes, desde luego que lo primero que tienen que conseguir es estar insertadas en la vida real de todos los que las habitan, ya sean docentes, ya sean discentes.

Nadie puede crear en nadie una “competencia espiritual”, porque de eso se encarga la vida y, más aún, se encarga Dios; pero sí es factible que, desde la posición de humildad adecuada —el maestro ayuda, el maestro puerta transparente, el maestro hermano en misterios y algo más avanzado en ellos que su discípulo—, se fomente el sentido de que, en efecto, como ya el niño sabe vagamente —o clarísima y dolorosamente—, en la vida hay misterios y no se puede aprender nada que valga la pena si se les da la espalda de entrada y para siempre, si se los deja colgados de la percha de los abrigos al entrar en clase.

No quiero, adrede, porque no es el papel mío y porque ahí sí que no soy competente, entrar en los detalles descriptivos de cómo estructurar o no esta famosa y debatida competencia; pero hay elementos del asunto sobre los que estoy cierto, a base de mi propia experiencia no ya como profesor (muchos cientos de alumnos en mis clases, de todas las edades), sino como alumno y padre.

Lo misterioso de la vida se da a conocer como irreversible, permanente, como aquello que se presenta de pronto y de improviso y nos cambia el mundo, nos cambia a nosotros mismos, y quizá nos impulsa a distraernos de ello y procurar en vano olvidarlo. La distracción se logra, por cierto, gracias al juego, pero también gracias a enfrascarse mucho en la resolución de meros problemas y el aprendizaje de variadas técnicas de toda índole. Lo misterioso es como un secreto a voces, pero precisamente la persona que aún no tiene apenas experiencia de la vida tenderá a sentir que la llegada de lo misterioso la aísla, la deja sola, porque de misterios es de lo que menos se habla ni en familia, ni entre amigos, ni en la calle, ni en el aula.

Lo primero que conviene es, pues, deshacer con infinita delicadeza la impresión abrumadora, seguramente temerosa y paralizante, de que lo misterioso sólo nos concierne a nosotros, nunca nadie lo vivió también. Recuerdo una aparente banalidad que figuraba en el guión de una película, *Lands of Shadow*, que trataba de la renuencia de un escritor “espiritual”, C. S. Lewis, a reconocer el misterio, hasta que éste lo golpeó brutalmente. Allí, un estudiante al que pre-

cisamente aburrían las clases sin misterio del profesor de... literatura medieval (¡toda ella atravesada de misterios!), decía de pronto que su padre, un maestro de escuela, repetía que los hombres leemos para saber que no estamos solos. Y no es banalidad, sólo que es más adecuado aplicarla a los adolescentes y los niños, casi más que a los adultos. En efecto, es esencial que el arte nos haga sentir desde muy pronto que no estamos solos con el misterio y los misterios (la muerte, la traición, el primer amor, la alegría absurda de la amistad, el aburrimiento, la curiosidad intelectual, la liturgia).

El arte que nos viene y el arte, por pobre que sea, que sale de nosotros; porque si es importantísimo educar en el roce del misterio en medio de los versos, la música, los cuadros o los paisajes, no menos importante es incitar a escribir. Más a escribir que a pintar; más a tocar música que a pintar. Por la sencilla razón de que cualquier monigote rápido y sin interés ya basta para cubrir el expediente de un ejercicio práctico, pero hacer una frase bien construida es un esfuerzo estupendo de estructuración de la propia cabeza y del mundo en torno, y sacar unas cuantas notas melodiosas (aunque sea de una flauta de plástico) es un logro sorprendente de colaboración de la boca, los dedos, el cuerpo entero, y un oscuro despertar del sentimiento de lo bello.

El arte que nos viene y el arte, por pobre que sea, que sale de nosotros; porque si es importante educar en el roce del misterio, en medio de los versos, la música, los cuadros o los paisajes, no menos importante es incitar a escribir

Cuando una persona que empieza la vida es alcanzada por la lección de los misterios de ésta, necesita de paciencia, ya que no puede apenas hacer otra cosa que soportarlos, por el momento; pero también necesita de acompañamiento lleno de cuidado, lleno incluso de amor. Un acompañamiento de esta naturaleza y esta calidad no avasalla, no impone, ni siquiera va directo a hurgar en la herida, ni siquiera intenta casi nunca plantear frontalmente lo que ocupaba el fondo de todos nuestros espíritus. Pero puede lograr que la paciencia quede consolada por la expresión indirecta de todo aquello que la mantiene tan cargada, tan llena y preocupada, tan difícil.

La sugerencia más clara de que la vida rebosa de sentido y rebosa también de aprendizajes durísimos es, sobre todo en las primeras edades, la presencia palpable de la belleza. La belleza, hasta cuando estalla de júbilo, tiene siempre un sabor melancólico, que contribuye a que los posos del alma, como gustaba de



decir Unamuno, no se conviertan en lodo por exceso de calma. Esta melancolía que redonda en profundidad existencial se debe fundamentalmente a que las cosas hermosas nos recuerdan con una especie de evidencia fulminante que vivimos habitualmente rodeados de cosas no hermosas, que la vida podría y quizá merecería ser algo cotidianamente muy superior a como de hecho es. La belleza hace sensible la eternidad, lo que ya significa que nos llena tanto de gozo como de nostalgia o de anhelo.

Me atrevo a decir, por tanto, que la clave para que no se desaproveche el tramo educativo que tiene que ver con la “competencia espiritual” es lograr que se llegue a sentir la belleza y se llegue también a expresar, por pobre y rudimentariamente que sea, la reacción a ella de cada cual. No habrá que decir que el primer requisito para este éxito es que el propio educador sienta en acto, en presente, cuando está haciendo su trabajo, eso mismo que ha de procurar que tenga eco en los educandos. Los caminos hacia la belleza pueden empezar desde lugares insospechados, que, indefectiblemente, tendrán que tener alguna conexión con la situación habitual en que se desarrolla la vida diaria de los educandos. Pero no hay que perder nunca la esperanza en que se puede conseguir este despertar del espíritu (mejor dicho, este mantenerlo en estado de vigilia).

Ha habido recientemente triunfos muy notables en este orden de cosas, como sucede con la educación musical de los niños que, en algunos países de economías y políticas muy precarias, ha llevado incluso a la constitución de orquestas excelentes. Incluso si se elimina cualquier referencia a un posible futuro más próspero obtenido por la vía del arte, ensayos mucho más modestos deberían poder ser frecuentes en todas partes, y no se ve por qué no habrían de conseguir resultados también muy alentadores. Insisto, de todos modos, en lo viable y lo urgente de métodos que aún están más al alcance de cualquiera: ofrézcanse oportunidades muy bien dosificadas, discretas, pero regulares (en horarios no proclives al sueño y la distracción), de presencia de la belleza, en formas varias, en el aula; y póngase un fuerte acento en que, desde las edades más tempranas, se tome gusto a redactar, se escriba sobre temas muy diversos y se exija un nivel grande no ya de ortografía, que es lo de menos, sino de coherencia y, sobre todo, de auténtica voz personal. Y se tendrá, seguro, algo que se parezca a una competencia espiritual... ■